

SIMI COHEN (SOR AMOR DE DIOS). DE LA SINAGOGA AL CONVENTO

Cualquiera hubiera dicho que fue un hecho fortuito, pero en los planes de Dios nunca hay casualidades. Estaba Simi Cohen con la criada que se encargaba de atenderla, cuando de pronto se le cayó a la criada un pañuelo. Lo que más le llamó la atención a Simi fue la figura que estaba bordada en el pañuelo. De este modo, aunque la criada se apresuró a recogerlo, Simi se quedó con el deseo de verlo con más detalle. Por eso, en cuanto la criada lo tuvo en sus manos, Simi le dijo:

—¿Qué bordado es ese que hay en tu pañuelo?

Y la criada, a pesar de las prohibiciones del padre, judío por los cuatro costados, le dijo:

—Es algo muy sencillo, señorita, algo de mi devoción. Es una representación del Sagrado Corazón de la Virgen María.

Simi no apartaba los ojos de aquel pañuelo, atraída como por un imán. En silencio, la criada se lo puso entre las manos, no sin antes haber comprobado que nadie los observaba. Simi lo tomó ávidamente y sin quitar los ojos de él, le preguntó con interés a la criada:

—¿Y todas estas espadas que están atravesando el corazón? ¿Por qué lo hieren? ¿Qué significan?

Es verdad que eran muchas preguntas, pero la criada estaba dispuesta a responderlas todas. Y así, le explicó algunas cosas en ese momento, y después, a lo largo de muchos días, le fue exponiendo los principales misterios de la fe cristiana.

Y es que Simi Cohen pertenecía a una familia judía. Había nacido en Gibraltar el 4 de abril de 1801. Su madre, Ester Leví, había muerto al darla a luz, por lo que su padre se había hecho cargo de su formación y se hacía ayudar de una criada. En vista de que esta criada era cristiana, el padre de Simi, Jacob Cohen, le había dado estrictas órdenes de que no le hablara nada de la religión cristiana. Sin embargo, a pesar de la prohibición del padre, la curiosidad de Simi y el deseo de la criada de mostrarle el camino de la fe, fueron más fuertes que las prohibiciones paternas. Y así, mientras Simi crecía, se iba encendiendo en su corazón el deseo de hacerse cristiana.

Como Simi había perdido a su madre, la criada la invitaba a no olvidar que su madre verdadera era la del cielo, la Virgen María. Por ello, un cierto día en que Simi había salido de paseo acompañada por la criada, ésta, una vez que se aseguró de que nadie las veía, la llevó a la ermita de la Virgen, que era venerada por los gibraltareños bajo la advocación de nuestra Señora de Europa. En este lugar, Simi tuvo una experiencia tan profunda de fe, que decidió hacerse cristiana y consagrarse a la Virgen de los Dolores.

Pasaron los años y finalmente, el 1 de marzo de 1817, cuando Simi tenía tan solo 16 años, decidió marcharse de su casa para cumplir su

deseo de hacerse cristiana. De este modo, aquel día salió a las seis de la mañana, no sin antes haberse puesto sus mejores galas y haberse despedido de los criados y de un hermano pequeño que tenía. En su fuga, Dios la amparó en todo momento, pues pudo cruzar la muralla de Gibraltar sin que los guardias le dijeran nada. Una vez fuera de la ciudad, se dirigió primero a la población de La Línea, en donde una familia sencilla la acogió y la encomendó a un arriero conocido para que la acompañara a la ciudad de San Roque.

En esta ciudad permaneció un tiempo disfrutando de la pobre pero generosa hospitalidad del arriero. No obstante, su presencia en San Roque no podía pasar desapercibida, particularmente por ser judía y gibraltareña, y porque su padre, que era rico y poderoso, la estaba buscando con denuedo, ofreciendo todo tipo de dádivas y recompensas a quien pudiera hacerla regresar a Gibraltar. Por ello, el escribano de la ciudad, don Francisco Zagala, le recomendó que se fuera a vivir a su casa, pues así estaría más segura. No obstante, sabiendo el escribano que San Roque no era una población segura para Simi, le escribió al obispo de Cádiz, quien recomendó que fuera llevada a Medina Sidonia.

De este modo, el 9 de mayo de 1817 fue llevada a Medina Sidonia y aquí fue acogida en el convento de San Cristóbal. En este lugar se preparó para el bautismo, que recibió el día 1 de junio de 1817, fiesta de la Santísima Trinidad. El obispo de Cádiz y Algeciras, don Juan Acisclo de Vera y Delgado, fue quien le confirió ese día los sacramentos de la iniciación cristiana, bautismo, confirmación y eucaristía. Ella tomó el nombre de María de los Dolores Trinidad Josefa Cohen.

Una vez bautizada, permaneció todavía en el convento de San Cristóbal por un año. Es preciso señalar que, en vista de que la ciudad de Medina Sidonia se alza sobre una colina, al convento de San Cristóbal se le conoce como el “convento de abajo”, mientras que al de las agustinas recoletas -al que Simi ingresará-, se le conoce como el “convento de arriba”. Así pues, Simi pasó del convento “de abajo” al de “arriba”, pues su corazón estaba puesto muy alto, sólo en Dios. De este modo durante un año recibió una esmerada formación cristiana de manos de don Santiago Cardeñoso, cura de la iglesia parroquial de Santa María, y de la piadosa señora Josefa Bueno. Finalmente llegó el momento de pasar al “convento de arriba”, el monasterio de Jesús, María y José, de las agustinas recoletas.

El ingreso en la clausura agustino-recoleta se hizo el 13 de julio de 1818. En vista de que nunca se había admitido en el monasterio a una judía, la priora, sor Catalina María de la Concepción, quiso contar con el voto aprobatorio de la mayoría de la comunidad. El resultado fue que todas menos una estuvieron de acuerdo en que ingresara. Un año después, la monja que había votado en contra había cambiado de opinión: Simi era una religiosa irreprochable y llena de virtudes admirables.

La primera sorpresa que se llevó Simi al cruzar la puerta del monasterio y entrar en la clausura recoleta, fue que las religiosas habían preparado en el claustro un pequeño altar en donde estaba la

imagen de Nuestra Señora de Europa: la imagen ante la cual Simi en Gibraltar había orado y a la que había pedido le ayudara a hacerse cristiana. Posteriormente, una vez se haya asentado en el monasterio, cada noche de cambio de oficio en el convento, Simi tendrá la costumbre de poner las llaves de su nueva oficina a los pies de esta imagen, para que la Virgen colaborara con ella en su nuevo servicio a la comunidad.

Una vez en el convento, Simi tomó el nombre de sor María Dolores del Amor de Dios, aunque sería conocida como sor Amor de Dios.

Simi profesó el 21 de julio de 1819. A partir de este momento desempeñará diversas funciones y oficios dentro de la comunidad, haciéndolo todo con un gran amor y deseo de servir a Dios. No perderá nunca la presencia de Dios y le gustaba estar recogida en su celda, a la que llamaba “la casita de Nazaret”, pues ahí se encontraba en la intimidad con Cristo.

No obstante, la vida de Simi había de atravesar momentos difíciles, particularmente por las circunstancias de la historia de España en el siglo XIX. De este modo sufrirá junto con toda la comunidad, la prohibición dada en 1835 de admitir nuevas novicias. Será una situación que durará 16 años, hasta 1851, agravada no solo por la disminución del número de las religiosas, -pues muchas hermanas murieron en esos años-, sino también por la expoliación de gran parte de los bienes del monasterio. Ante estas circunstancias adversas, Simi no se acobardó, sino que redobló sus oraciones y su trabajo para que la comunidad no pereciera en el vendaval. Y a pesar de la penuria y escasez en la que vivía la comunidad, -que va vendiendo lo poco que les queda de valor, como algunos cálices de plata-, nunca falta la generosidad para los más necesitados. Simi, que era la tornera en aquellos años difíciles, aprovecha su oficio para socorrer a los pobres, no solo con cosas materiales sino también con palabras de aliento y consejos para su vida. De este modo, se iba extendiendo en toda la región la fama de santidad de Simi, de sor Amor de Dios.

En 1851 se les permite admitir de nuevo novicias, y la primera que entra al noviciado, sor Inés del Corazón de María, será posteriormente quien nos guarde de manera particular el recuerdo de Simi, pues escribirá su primera biografía. En 1859 Simi fue nombrada maestra de novicias, a las que continuamente repetía:

—Tengan entendido que, si no sufren con humildad todo lo que Dios quiere de ustedes, no serán buenas religiosas.

La fama de santidad de Simi era tan grande que muchas personas, tanto de Medina Sidonia como de su comarca, acudían a ella len busca de consejos y ayuda espiritual.

Es preciso señalar que prácticamente hasta el último momento de su vida, a pesar de su debilidad corporal y tener que servirse de la ayuda de un bastón durante muchos años por la cojera, siguió sirviendo a la comunidad en diversos oficios, hechos todos con amor y humildad, siendo ejemplo de todas las virtudes, el último de ellos el de

sacristana. Madre Amor de Dios murió santamente la madrugada del 8 de enero de 1887.

Los restos de Simi Cohen se conservan en el monasterio de las agustinas recoletas de Jesús, María y José de Medina Sidonia, a la entrada de la iglesia conventual. La misma iglesia en la que ella había entrado en 1818, a sus 18 años, para dejar de ser Simi Cohen y convertirse en sor María de los Dolores del Amor de Dios.